

restringida, y que no figura en la gran mayoría de nuestras bibliotecas públicas ni universitarias.

Sin embargo, aun en este caso, seguiríamos sin rebasar el marco del exilio. Y la obra política y de análisis de Ramos Oliveira alcanza ya un volumen notable cuando sobreviene la guerra civil en 1936 y su autor todavía no ha cumplido los treinta años (1). En julio de 1931 había sido nombrado redactor-jefe del órgano del PSOE, *El Socialista*. Unos meses antes encontramos ya su nombre en el mismo como corresponsal en Berlín, y cinco años más tarde, la crisis de julio de 1936 le sorprenderá también como corresponsal en Londres. Pero el eje europeo de sus preocupaciones es y será Alemania, que sirve de tema a uno de sus primeros trabajos, *Alemania, ayer y hoy*, una «historia política de Alemania en los últimos treinta años». Como más tarde ha de suceder con la historia española, este trabajo inicial sirve para reelaboraciones sucesivas: en 1952 verá la luz una primera edición de su *Historia social y política de Alemania*, reformada de nuevo en 1964. Por supuesto, no se trataba de una preocupación culturalista, sino de un intento de explicación de los cambios económicos y políticos que servían de contexto al ascenso y a la subida al poder del nazismo. En este sentido, pueden servir de indicador sus reiteradas alusiones al tema en *Levládn*, en 1934. Como otros socialistas, Ramos Oliveira prefería consolarse pensando en el desgaste del nazismo en el poder, pero no dejaba de reconocer su coherencia: «No negaré que el hitlerismo ha hecho —escribe—, desde que se adueñó de los destinos de Alemania, lo que podía y lo que debía hacer». A pesar de lo cual, aún piensa que el terror nazi no logrará apagar del todo la oposición obrera.

La contribución teórica más importante de Ramos Oliveira al pensamiento socialista español de los treinta es *Nosotros los marxistas. Lenin contra Marx*, un alegato sobre la difícil posición del socialismo en el nuevo régimen, especialmente después de las acusaciones que contra la supuesta colaboración en la Dictadura divulgaban libros como *Los hombres de la Dictadura*, del comunista heterodoxo Joaquín Maurín. La imagen de un socialismo ligado al régimen dictatorial, que ahora colabora con la burguesía en la represión del proletariado revolucionario, es moneda corriente en la literatura política de 1931 y 1932. Frente a ella, el joven periodista, lector de Marx y de Otto Bauer, al que traduce, ve en la experiencia revolucionaria bolchevique un espejismo que, de tratarse de proyectar sobre otros países, arrastraría, en lugar de la dictadura del proletariado, la abolición de la democracia y su sustitución por «un general de fortuna, con una dictadura fascista». No hemos leído más que fragmentariamente *Nosotros los marxistas*, pero sus tesis no deben apartarse mucho de la conferencia que en noviembre de 1931 pronuncia Ramos en Madrid sobre «Sindicalismo, comunismo y socialismo». La fase democrática resulta, a su juicio, necesaria para capacitar al proletariado, que, tras encargarse del poder, «en un Gobierno homogéneo», podría ejercer su dictadura de clase. La táctica socialista debe

ajustarse a la exigencia de que «en España hay que edificar el capitalismo en beneficio de la clase trabajadora». Sin embargo, anuncia una agudización de las luchas de clases en el marco republicano, que acabarán con la democracia parlamentaria, período de capacitación del proletariado que hará posible su acceso al poder una vez producido el enfrentamiento con la burguesía nacional: un tránsito revolucionario, no democrático. Por lo tanto, la colaboración socialista en los primeros Gobiernos del nuevo régimen era al mismo tiempo necesaria e instrumental. «La República —formulará— es el sendero del socialismo y la posada de los republicanos».

Más tarde, su preocupación será el análisis estructural del capitalismo español. Como ha recordado recientemente Manuel Pérez Ledesma, uno de los puntos débiles de nuestro socialismo es, desde sus orígenes, la escasa preocupación por las condiciones concretas de evolución del capitalismo español. Nada hay sobre el tema hasta las notas sobre los modos de producción en España que en 1896 redacta Juan José Morato, y obras doctrinales tan representativas como las de Jaime Vera y Pablo Iglesias rehúyen semejante planteamiento. De ahí el interés de la recopilación de datos que sobre el capitalismo español efectúa Ramos Oliveira, con la finalidad revolucionaria inmediata que refleja la presentación de su trabajo: «Aspiro a que este libro sea un alegato de eficacia inmediata contra las oligarquías que esclavizan a España, a la pequeña burguesía, a la clase media y al proletariado. Por eso no es una historia, en la aceptación más pura y trascendente del vocablo. Su primordial finalidad consiste en avivar la conciencia subversiva de los españoles explotados, sin distinción de clases». Publicado en 1935, con una tirada de diez mil ejemplares, *El capitalismo español al desnudo* se inscribe en la nueva actitud del socialismo español que precede a octubre de 1934.

Sólo la profusión de adjetivos, con un sistema permanente de connotaciones negativas para la burguesía, denota las metas políticas del libro. Ramos Oliveira, de forma más o menos lograda, presenta un análisis estructural de la economía española, centrándose en los mecanismos de conexión entre el capitalismo industrial, el financiero y el sector público, que, sin duda, ha de mencionarse como pionero de trabajos científicos más recientes (pensamos, por citar sólo un caso, en el estudio de la vinculación intersectorial a través de los consejeros comunes). La clave del poder económico en España es, para Ramos Oliveira, el sector financiero, y dentro de él, el Banco de España. La función económica fundamental del Estado consistiría en cubrir la incapacidad de una burguesía nacional, de suerte que la única alternativa válida es la economía dirigida susceptible de establecerse tras la toma revolucionaria del poder político por la clase obrera. En el plano ideológico, Ramos Oliveira coopera en las tareas de remodelar la tradición del PSOE, acentuando los rasgos revolucionarios de la figura de Pablo Iglesias.

La visión de la economía española mostrada en *El capitalismo español al desnudo* está en la base de su obra más ambiciosa, la *Historia de España*, cuyos tres volúmenes publica ya en México en 1952.

Hubo un eslabón intermedio, edi-

tado originariamente en inglés, *Politics, Economics and Men of Modern Spain (1808-1946)*, que apareció en Londres apenas concluida la guerra mundial y que no hemos leído. El extenso tomo tercero de la *Historia...* centrado en la República, sigue viendo como causa del fracaso del Régimen la incapacidad para forjar una alianza de clases que desde el proletariado a la burguesía industrial acabase con la hegemonía de la oligarquía agraria, sector social dominante bajo la Restauración. El estilo periodístico, la desigual documentación y la rigidez de los planteamientos no excluyen que la panorámica trazada por Ramos Oliveira deba considerarse como iniciadora de un estudio marxista, apoyado constantemente en el análisis de las relaciones de clase, sobre la sociedad española del siglo XX. Con el suplemento de las valiosas observaciones que proporciona a Ramos Oliveira su situación como participante en el proceso his-

tórico que describe. La esperanza de que pueda superarse su sesgo ideológico y de que las investigaciones en curso de elaboración puedan desmontar pieza a pieza la imagen transmitida por Ramos sobre la República, deja en pie su carácter de brillante borrador y de advertencia respecto a la proliferación de cortes horizontales, hechos desde el sector exclusivamente obrero o el político. Más aún cuando casi siempre vienen adscribiéndose a los criterios de ese «rechazo razonable de la contrarrevolución», tan del gusto de la historiografía anglosajona sobre nuestro país.

Como en el caso de tantos otros exiliados, socialistas, anarcosindicalistas o republicanos, el eco de la actividad de Antonio Ramos Oliveira se redujo en la España de la posguerra al mencionado goteo de unas publicaciones difundidas de modo desigual. Hasta que un buen día llega la noticia de su desaparición y pérdida definitiva. ■

## ACTORES

### Sigue el conflicto

● Mes y pico después de finalizada la huelga acaso más espectacular, continúa sin resolverse en esencia el conflicto que la motivó. Aun cuando al interrumpir la huelga, los actores expusieron los puntos positivos logrados a través de su actitud solidaria, lo cierto es que la «comisión de los once» continúa sin obtener la autorización legal imprescindible para pasar a ser ella la que discuta las condiciones del convenio colectivo con los empresarios teatrales, reemplazando (en tanto comisión elegida democráticamente) a los vocales sindicales (1).

Dado que este convenio, sin embargo, ha comenzado ya a discutirse, parecía lógico que los actores solicitaran una asamblea en la que fueran informados debidamente de los entresijos de ese convenio, que, en definitiva, sólo a ellos iba a interesar. Con el fin de lograr esa asamblea, una «comisión mixta» fue a visitar al ministro de Relaciones Sindicales, señor Fernández Sordo, una vez que de las autoridades vinculadas directamente al Sindicato del Espectáculo, no se hubo obtenido la aprobación de su propuesta; el señor Fernández Sordo recibió, efectivamente, a esta comisión, en presencia de los dirigentes del Sindicato (tanto nacional como provincial), reafirmando se en la decisión tomada por éstos: la asamblea no era posible, por cuanto consideraba que de celebrarse durante la discusión del convenio, podría coaccionar las deliberaciones; en lugar de asambleas mediante las cuales los actores fueran informados en directo y con posibilidad de responder de inmediato a los problemas que se plantearan y poder así tomar conjuntamente las decisiones que mejoraran el convenio, el ministro de Relaciones Sindicales propuso la confección de un boletín de información que pudiera remitirse al domicilio de cada uno de los dos mil ochocientos actores afectados por este convenio o, en su defecto, mantener en el local del Sindicato Provincial del Espectáculo reuniones

de hasta cincuenta personas (dada la mínima capacidad de éste); finalmente, apuntó la posibilidad de mantener las «comisiones» permanentes que recorran los teatros abiertos, para informar de las decisiones del convenio...

La «comisión mixta» informó, detalladamente, al día siguiente a un considerable número de actores que acudió a las oficinas del Sindicato, de los términos en que se había desarrollado la entrevista con el señor Fernández Sordo. En líneas generales, los actores optaron por mantener la solicitud de asamblea, por cuanto el boletín de información no permite una respuesta inmediata a las propuestas, y dado que las «comisiones» que visitan los teatros han tenido ya la «aventura» de la detención de una de ellas (1). ¿En qué otro momento puede ser más útil y más necesaria una asamblea que ahora, que se trata de discutir aspectos que repercuten en todos y cada uno de los actores sindicados?

Por otra parte, y dado que la «comisión de los once» no fue aceptada con voz y voto en las deliberaciones del convenio, aunque sí con voz (incluso antes de organizarse la huelga), el señor Fernández Sordo había mantenido dicha propuesta, invitando a «los once» a intervenir directamente en los encuentros del convenio. Sobre este aspecto, también los actores mantuvieron una actitud similar: «los once» son sus representantes elegidos democráticamente, y sólo ellos deben discutir el convenio; de no hacerlo plenamente, no deben colaborar con los vocales, que aún —según parece— no han informado de ninguna de las maneras posible de cómo transcurren las conversaciones con los empresarios teatrales.

En resumen, sigue sin resolverse el conflicto. Las soluciones ofrecidas oficialmente no responden a las peticiones de los actores, tras la cmopleja iniciativa de éstos en defensa de sus reivindicaciones laborales, al nombrar una comisión que fuera, de hecho y de derecho, su representación por elección democrática. ■ D. G.

(1) Había nacido Antonio Ramos Oliveira en Zalamea la Real (Huelva), el 9 de abril de 1907.

(1) Ver TRIUNFO, núms. 646, 647, 648 y 649.